

# Heidegger, una aproximación a la relación: pensar, ser, lenguaje y educación

Heidegger, an approach to the relationship:  
thinking, being, language and education

*Yury Andrea Castro Robles<sup>1</sup>*



## Resumen

La filosofía de Martín Heidegger busca el desenmascaramiento de los prejuicios que se han establecido desde antaño en torno a lo que se ha denominado y aún hoy se denomina pensar; esto lo lleva a la necesidad de superar los modos habituales del pensar moderno bajo los cuales interpretamos el mundo y nos consideramos en tanto racionales seres pensantes racionales. A fin de desentrañar tal cuestión el presente texto busca hacer una interpretación del pensar a partir de lo que podría entenderse un estudio metafísico; pues para Heidegger en la metafísica se lleva a cabo siempre la meditación de la esencia del ente y de la verdad.

**Palabras clave:** Heidegger, metafísica, ser, tiempo, pensar.

Fecha de recibido: 8 de septiembre 2013

Fecha de aceptación: 15 de noviembre de 2013

<sup>1</sup> Docente de la Universidad Antonio Nariño. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y magíster en Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Este artículo hace parte del estudio realizado al pensamiento de Martín Heidegger para optar al título de magíster en Filosofía.

**Abstract:**

The Martin Heidegger philosophy seeks to unmask prejudices that have been established since ancient times around what has been called and is still called thinking; it leads to the need to overcome habitual ways of modern thought under which we interpret the world and consider ourselves as rational thinking beings. To unravel this question this text proposes an interpretation of the thinking from what could mean a metaphysical study; it is so because for Heidegger metaphysics performed meditation always of the essence of being and truth.

**Keywords:** Heidegger, metaphysics, be, time, think.

El meditar heideggeriano, en cada uno de sus caminos, nos pone en evidencia la primacía del pensar originario. En sus obras, lecciones y conferencias, el pensar filosófico cobra un nuevo sentido que lo saca del sendero del pensar común, de ese que nos fue heredado y al que hemos asumido, y aún hoy asumimos, como verdad incuestionable; verdad que se configura como la historia del pensar. No se trata empero de decir en este artículo que esta historia ya no tenga ninguna validez o de que se deba desechar totalmente, sino que el trabajo filosófico no nos puede ser indiferente, esto es, que debemos escuchar el llamado que éste nos hace y, sin remedio alguno, asumir el pensar filosófico desde lo que nos es más propio. Debemos, por tanto, conmemorar al pensar y, con él, a los grandes pensadores que nos han vislumbrado nuevos senderos. Por esta razón, en este trabajo, podría decirse, se pretende conmemorar el pensar de Martín Heidegger, gran filósofo que dedicó su vida al meditar acerca de lo impensado en lo pensado y del que hemos escuchado el llamado a pensar lo más digno de ser pensado.

Para Heidegger el pensamiento de Occidente nos ha desviado del camino al hacernos creer que es lo mismo el pensar que representar algo. Si bien el representar trae a la mente la imagen del ente; el ente y el pensar no son lo mismo. El representar, supuesta esencia del pensamiento, no ofrece garantías de que el pensamiento se haya pensado ya. Para pensar

debemos tener un interés en el pensar, pues sólo así podemos traerlo a nuestra memoria; ésta, la memoria, nos permite conmemorar lo que más urge pensar; no obstante, ha de aclararse que este conmemorar no puede ser entendido como un recordar en el sentido de hacer presente lo pasado, sino un recordar que “piensa lo que nos afecta” (QP, 123). En tanto hombres, advierte Heidegger, “lo que merece pensarse es que todavía no pensamos” (QP, 20), pero para que esto sea posible debemos primero aprender, pues en el aprender se ponen “el hacer y el omitir” en relación con la esencia. En esta búsqueda el hombre sale al llamado de todo aquello que pueda problematizarlo, de todo aquello que lo cuestione en tanto ser humano, esto es, de todo lo que resulta merecedor de ser pensado.

Siguiendo la exposición heideggeriana “lo que más merece pensarse es que nosotros todavía no pensamos” (QP, 20), es decir, no tenemos ese algo que nos da qué pensar, encontramos en su filosofía un llamado que nos pide reconocer la carencia de lo no conocido y ponernos en camino a encontrar su esencia, evitando los falsos caminos que se han forjado en la historia del pensamiento occidental<sup>2</sup>. En este nuevo

<sup>2</sup> Estos caminos esbozados por la ciencia y, con ella, la técnica han forjado las relaciones del hombre con el mundo en un único sentido, a saber, el pensar representativo. De ahí, que el hombre inmerso en su cotidianidad, acepte y reproduzca

camino hacia el pensar podemos cometer el error, el engaño, de formularnos como rutas por seguir cuestionamientos, problemas que no son los correctos y esto tal vez se deba a que “lo que ha de ser objeto de pensamiento se le sustrae al hombre mismo” (QP, 20). Pero este sustraerse, este escaparse, ínsita al hombre al pensar, pues invita al cuestionamiento más lo que está ausente que lo que se presenta con claridad. Puede entonces decirse que el pensar debe entenderse como un llamado, esto es, como una evocación y no como un simple acto del sujeto. Ponerse en el camino del pensar indicaría ponerse frente a eso que se nos oculta, y una manera de hacerlo, como ya lo hemos dicho, es a partir del conmemorar, ya que el conmemorar nos permite pensar en lo pensado que ha sido empero olvidado. Ahora bien, el conmemorar no busca llegar a una definición conceptual de lo ente, pues no pretende dar una respuesta definitiva acerca de qué es pensar, más aún, es éste precisamente el error en el que han caído tanto el pensamiento de Occidente como la propia ciencia que buscan definir el pensar, sin atender a lo que significa pensar<sup>3</sup>.

En este contexto, en un intento de responder al llamado que el pensar nos hace, nos

---

este tipo de nociones. En la época actual podemos tomar como ejemplo de este fenómeno: el ámbito educativo. Como es bien sabido, la educación moderna busca la acumulación de saberes a fin de cuantificar el pensar y decir del hombre. Por ello, hemos de reconocer, en esta carencia de lo sustancial, la invitación de Heidegger a aprender a pensar.

<sup>3</sup> El hombre en un intento de responder al interrogante acerca del pensar tomó el camino de la ciencia; sin embargo, Heidegger es claro en este aspecto, “la ciencia no piensa” (QP, 86). El paso dado en la historia del pensamiento, el pensar de la filosofía a la ciencia, es el producto que da cuenta del hecho de que ha habido algo que pensar. Este salto nos pide dejar de lado los prejuicios, desaprender, ponernos en disposición de escuchar, pues sólo quien afina su escucha podrá llegar a la esencia de lo que le rodea.

adentraremos a la meditación de lo que somos nosotros mismos en nuestro tiempo presente. Ahora bien, una lectura moderna del “todavía no pensamos” supondría un rechazo total de tal afirmación, pues hemos de recordar que en tanto seres racionales el pensar está dentro de nuestra naturaleza. Empero, la interpretación heideggeriana nos invita a estar atentos al estado de cosas que nos han sido inadvertidas, pues son éstas las que determinarán el rumbo de nuestros pasos. En este sentido, el pensar representativo, propio del pensar moderno, marca lo que Heidegger denomina la época de la imagen del mundo. Este pensar que establece su fundamento en principios estables y calculados; está en apariencia revestido de progreso cuando en realidad nos conduce al abandono definitivo, a saber, el de nuestra esencia originaria. Debido a esto, hemos dejado de lado el cuestionar fundamental y nos contentamos con ser un mero centro de referencia, esto es, un fundamento de todo cuanto existe. El hombre, por tanto, se pone a sí mismo como esa escena en la que lo ente tiene que re-presentarse a sí mismo, a saber, ser imagen. Esta relación del hombre con el mundo hace que se crea superada, e incluso trivial, la explicación de la verdad y del ser.

No obstante, para Heidegger, la perspectiva del pensamiento racional suscita corrientes de pensamiento que buscan concebir una nueva



autocomprensión del ser. De ahí que un pensar que no esté dado bajo el dominio de la representación deberá abandonar la racionalización habitual del mundo y el hombre; permitiéndole el reencuentro con su verdadera esencia. Ahora bien, para poder hacerle frente a esta invitación que nos solicita un pensar desde la diferencia, precisamos de pensadores que nos llamen al encuentro con lo no pensado. En este orden de ideas Heidegger será el pensador que guiará nuestros pasos en este nuevo sendero.

Este llamado a un nuevo pensar nos convoca a la transformación de los modos de entender, apropiarnos y experimentar nuestro paso en el mundo, encaminándonos al pensamiento originario del ser; pues si bien no se trata de desestimar el diálogo con la tradición filosófica, si nos solicita alejarnos del pensar representativo propio de nuestra época moderna. Dado esto, no planteamos aquí la mera formulación de la pregunta: ¿qué significa pensar?, sino que buscamos entrar en el cuestionamiento mismo que ésta suscita. Debemos, por tanto, llegar a la comprensión de las relaciones que la razón creyó superadas, y esto sólo se hace posible tras el análisis de las relaciones que el hombre establece con el mundo cuando se halla lejos del esquema racional. En suma, la pregunta por qué significa pensar nos convoca además del examen de fundamento de verdad, que rige las interacciones del hombre, al análisis de la determinación ontológica de su existencia. Con ello, lo que se busca es un retorno al

verdadero fundamento que nos ha configurado históricamente. Ahora bien, en este corresponderle al pensamiento nos sumergimos en el mundo del lenguaje, pero no de un lenguaje representativo, sino de un lenguaje dado en el silencio, pues es en lo inhablado donde escuchamos el llamado que el pensar nos hace, a saber, donde entramos en meditación con el verdadero hablar del habla.

Sin embargo, precisa Heidegger, el lenguaje no debe ser entendido como un mero campo de expresión; En su obra: *De camino al habla*, el filósofo reflexiona acerca del nuevo camino a seguir para llegar al entendimiento del habla. Este camino, lejos de llevarnos por senderos seguros, nos sumerge en la extrañeza que permite establecer la relación existente entre el ser humano y el habla. Con este fin, Heidegger realiza un análisis de lo que se ha entendido por habla en épocas clásicas, para poder hacer visible la transformación que se ha dado del habla misma en su historia.

Como sabemos, desde el pensamiento occidental el habla ha sido entendida como aquella facultad del hombre que precisa de una articulación de sonidos y que nos permite experimentar lo que está en presencia, es decir, representa. Ahora bien, con el pensamiento de Humboldt la visión que se ha establecido del habla, se transforma. El habla se entiende como lo transitorio y no como una mera actividad o intercambio de información. Desde la Modernidad, el habla en tanto que transitoria se percibe como la labor del espíritu en la que se hace la síntesis entre el sujeto y el objeto. No obstante, Heidegger anota, frente esta determinación inicial de la esencia del habla, que la forma para acercarse a lo propio del habla es desde lo inhablado y, para ello, señala que propiamente la palabra es un *trazo abriente*, esto es, “el conjunto de los trazos de aquel dibujo que atraviesa y estructura lo abierto y libre del habla” (DH, 187). En el trazo abriente se enlaza tanto al hablante como al Decir. El Hablar entendido como Decir se configura como lo

Desde el pensamiento occidental el habla ha sido entendida como aquella facultad del hombre que precisa de una articulación de sonidos y que nos permite experimentar lo que está en presencia, es decir, representa.

presente y lo ausente. El Decir, señala Heidegger, es un Mostrar, un aparecer; el hablar en tanto que decir es un escuchar, pues “no sólo hablamos el habla, hablamos desde el habla” (DH, 188). Así las cosas, el camino al habla presentado por Heidegger puede entenderse como un dejar-se-decir; un percibir de manera reflexiva el decir del habla sin querer llegar a representarla, tal como hasta ahora lo ha hecho la reflexión filosófica sobre el lenguaje.

Se hace evidente entonces que hablar y utilizar el lenguaje es algo completamente distinto a detenerse en su poder. Para Heidegger la relación que se establece entre la poesía y lenguaje resulta fundamental para la comprensión de sus planteamientos acerca de la esencia del ser. Vemos entonces que el camino que se ha de tomar exige del pensador; por un lado, memoria y esperanza, pues lo convoca a pensar en lo advenidero y, por el otro, la escucha atenta de los gritos silenciosos de pensadores, como en este caso Heidegger, que nos recuerdan nuestro olvido de lo originario. El mismo Heidegger halló en su camino las voces inspiradoras de Nietzsche y Hölderlin, que denuncian la caída en el desierto, en el sin sentido, en el no pensar originario. En este contexto, Heidegger busca en la confrontación con la historia del pensamiento ver qué hay de originario en la forma como los pensadores antiguos abordaron la pregunta por el ser y su relación con el ente; buscando establecer una nueva relación con el ente pero esta vez desde la posición originaria con el ser. Esto significaría un reformulamiento que nos conduciría a una apertura en el ámbito de la historia del ser, dejando atrás lo que de ella se ha dicho. El nuevo pensar se presenta entonces desde la pregunta fundamental por la esencia del ser, es decir, por el ámbito originario del ser en el que ya no es un mero *es* sino que se esencia, fundando y acaeciando su verdad en el *Dasein*<sup>4</sup>.



Como es bien sabido, Heidegger en su búsqueda de salirle al encuentro a la pregunta por el sentido del ser, ve una clara dificultad en el lenguaje cotidiano. Para enfrentar tal dificultad se propone inicialmente la construcción de la analítica existencial del *Dasein* con el fin

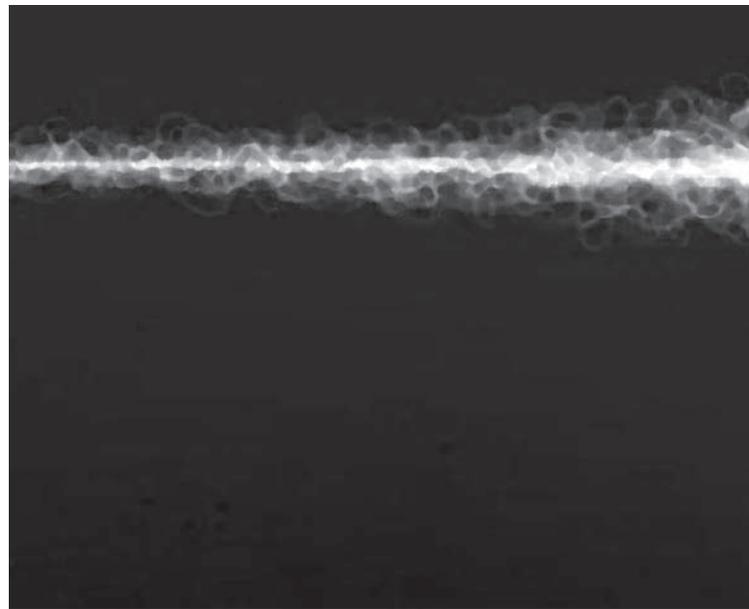
“en lenguaje filosófico y el corriente, *Dasein* significa básicamente «existencia». En el siglo XVII, la locución infinitiva *sein* («estar ahí», «estar presente», «existir», «estar disponible») se sustantiviza como *das Dasein* en el sentido de «presencia». En el siglo XVIII *Dasein* se utiliza en el ámbito filosófico como una alternativa al término latinizado *Existenz*. Heidegger, en cambio, se distancia del significado clásico canonizado por Christian Wolff, según el cual *Dasein* equivale a *Existenz* («existencia») en el sentido de *Wirklichkeit* («realidad afectiva») y *Vorhandensein* («subsistencia»). Heidegger utiliza la expresión *Dasein* exclusivamente para indicar la constitución ontológica de la vida humana, la cual se caracteriza por su apertura (*Da*) al ser (*Sein*) y por la capacidad de interrogarse por su sentido” (2009, 63). Dado este análisis, precisa Escudero, la existencia humana no puede entenderse como un mero yo, pues la esencia de su ser consiste en su aperturidad hacia el mundo, es decir, en las relaciones que establece con las cosas, las personas y situaciones que le salen al encuentro. Por tanto, el *Dasein* puede ser entendido como un actuar en medio de las posibilidades. Esta comprensión del *Dasein* en sus posibilidades es el eje temático de la analítica existencial del *Dasein* que es la tarea fundamental emprendida en la primera parte de *Ser y tiempo*.

<sup>4</sup> El profesor Escudero presenta de manera clara lo que Heidegger entiende por *Dasein*. El *Dasein* es una expresión alemana con doble significado,

de realizar una exégesis del sentido del ser en general. Así pues, la pregunta por el ser está formulada por un ente que busca dirigir la vista hacia su ser; anota Heidegger al respecto: “a este ente que somos en cada caso nosotros mismos, y que, entre otras cosas, tiene esa posibilidad de ser que es el preguntar, lo designamos con el término *Dasein*” (S y T, §2, 28).

Así las cosas, la pregunta por el ser es la fundamentación de la esencial tendencia de ser que le pertenece al *Dasein*. Sin embargo, el *Dasein* es también en tanto onticamente lo más cercano, ontológicamente lo más lejano. Así pues, la analítica existencial se propone hallar la constitución propia del ser en el mundo y, con ello, poner de relieve la estructura unitaria del *Dasein* en tanto ser-en-el-mundo. Empero, ésta no es una tarea fácil debido a que el *Dasein* cae constantemente en el decir de la tradición propio de la cotidianidad.

Podemos ver entonces que la analítica existencial del *Dasein* nos pone frente al interrogante que busca poner al descubierto: ¿Quiénes somos? Frente a tal cuestión señala Heidegger que el existente humano es en esencia temporal, entendido desde un sentido ontológico como un tener *cuidado*. Por tanto, para el *Dasein* existir es siempre un construirse temporalmente. Y dado que el existente humano es tiempo, la temporalidad es la clave que dilucida al *Dasein* en su ser. Heidegger plantea así la posibilidad de un pensar que le permita al *Dasein* acogerse a sí mismo como el lugar propio del ser, revelando al mismo tiempo la esencia del hombre. A este pensar Heidegger lo llamara el pensar meditativo o evocativo. Con ello más que el plantear una nueva metafísica, Heidegger se esfuerza por reconocerla y asumirla en su verdadero destino, a saber, abrirse a la esencia del ser. La analítica existencial desarrolla entonces la comprensión del *Dasein* a partir del análisis fenomenológico de los modos de ser del *Dasein* en su cotidianidad media; en tanto ciencia que más que caracterizar al objeto se dirige al objeto



mismo. Evidentemente, la fenomenología entiende que el fenómeno no se muestra de manera inmediata y, sin embargo, pertenece de manera esencial a lo que se muestra de manera inmediata, hasta constituir su sentido y fundamento. Recordemos que el ser del ente, que permanece oculto, puede quedar tan encubierto hasta el punto de ser olvidado, lo que conlleva al enmudecimiento todo cuestionar sobre su esencia o sentido. Ahora bien, las determinaciones del *Dasein* requieren ser comprendidas sobre aquello que conocemos como: estar-en-el-mundo, punto de partida para la analítica del *Dasein*. Con ello lo que se busca es hacer evidente la diferencia ontológica entre el estar-en entendido como un existencial y el estar-dentro-de concebido como categoría.

Este estar-en-el-mundo es realmente un estar-en-el-mundo como ocupación. Para Heidegger el estar-en-el-mundo es el primer existencial que se nos presenta luego de observar eso que en cada momento somos nosotros mismos a la luz de nuestro modo propio de ser. En tanto estar-en-el-mundo, el *Dasein* sólo se concibe en relación con lo otro, esto es, con el mundo. En este sentido, el mundo



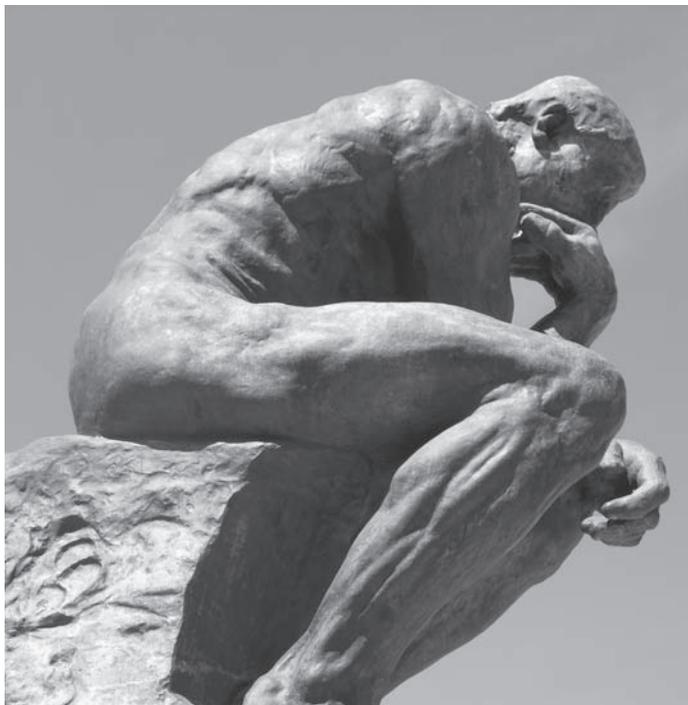
La pregunta por el ser es la fundamentación de la esencial tendencia de ser que le pertenece al *Dasein*. Sin embargo, el *Dasein* es también en tanto onticamente lo más cercano, ontológicamente lo más lejano.

es comprendido como la condición de posibilidad de la existencia del *Dasein*. Ahora bien, la referencia al estar-en-el-mundo del *Dasein* implica la existencia de otros *Dasein*. De forma que si la actitud del *Dasein* respecto del mundo recibe el nombre de preocupación, la actitud respecto del otro se hace concreta en la solicitud (*Fürsorge*). Dado esto, el *Dasein* está sujeto al dominio de otros en su cotidianidad. Los otros, anota Heidegger, han tomado parte de su ser. En tanto en su condición de arrojado el estado de ánimo es un existencial fundamental en el carácter del ser del *Dasein*. En la

disposición afectiva, el *Dasein* se encuentra siempre afectivamente dispuesto. Esto nos conduce a la afirmación de que todo *Dasein* tiene, de alguna manera, un sentimiento de su situación original; situación que se hace manifiesta a partir de un determinado estado afectivo [*Stimmung*]. Ahora bien, Heidegger más que pretender mostrarnos el estudio de la existencia de la vida diaria del hombre, lo que busca es mostrar cómo incluso la actitud más banal pone al descubierto una suerte de verdades ocultas; puede decirse entonces que por más que el *Dasein* se encuentre encerrado en la banalidad propia de la existencia inauténtica, siempre conserva, no obstante, una relación con el ser.

Este liberar al lenguaje de la gramática a la que ha estado sujeto, nos permite vislumbrar lo originario del ser que se abre en la palabra. Por tanto, el *Dasein* sólo revela su esencia en tanto es interpelado por la llamada que el ser le hace. Esta relación que se da entre lenguaje y ser nos conduce a la afirmación de que para saber del ser hay que salirle al encuentro al lenguaje, es decir, comprender lo dicho en las palabras. Por tanto, es el habla<sup>5</sup> una forma de superar esta visión unidimensional del mundo, en tanto

<sup>5</sup> En tanto seres humanos estamos atravesados por el habla; el habla siempre está al encuentro del hombre. Incluso el silencio es una forma de hablar, esto debido a que “el hablar es natural en nosotros” (DH, 9). Se dice con frecuencia que es el hablar lo que nos diferencia de los otros animales de la naturaleza. Frente a tal cuestión lo primero que se ha de dejar claro es que “el habla misma es: el habla y nada más” (DH, 10). Este postulado puede, a simple vista, parecer tautológico; no obstante, la finalidad heideggeriana no es llegar a la conceptualización del habla en cuanto tal. Plantea Heidegger que los pensadores antiguos que adjudicaron al habla la razón, generaron con ello una pérdida de fundamento. Por tanto, en la reflexión acerca del habla resulta necesario entrar en el hablar, pues es ella misma, el habla, la que fundamenta su propia esencia. *El habla habla*. Así las cosas, “reflexionar sobre el habla significa: llegar al hablar del habla de un modo tal que el



que ésta se configura como una invocación, un nombrar que demanda la proximidad de las cosas. Empero, este desplazamiento de un pensar a otro no resulta para nada fácil en nuestra época, pues nos sumergimos en la vía única del pensamiento moderno. En este sentido, el pensar originario nos convoca a su morada, pero para que habitemos en ella debemos conducirnos por un nuevo sendero.

Cuando escuchamos el llamado que el pensar nos hace y nos acercamos a lo que en realidad merece ser pensado por el pensar, la esencia del lenguaje se torna diferente. Por tanto, a este nuevo pensar también le corresponde otro lenguaje, un lenguaje originario que surja del ser y que nos lleve a su pertenencia. Es tal la interpelación que el ser le hace a este lenguaje que en ocasiones se arriesga a quedarse sin palabras. Empero, en este silencio la palabra recobra su verdadera esencia y el hombre, cercano a su esencia, puede alcanzar la morada

---

hablar advenga como aquello que otorga morada a la esencia de los mortales" (DH, 12).

donde la verdad del ser habita. Para Heidegger, es la existencia el fundamento de posibilidad de la esencia del hombre y el lenguaje es entonces el advenimiento que aclara dicha posibilidad. En este contexto, el decir poético y el pensar, aunque modos diferentes del decir, hallan su unión en una misma solicitud, el regreso al pensar originario. Dado esto, Heidegger establece aquí una sutil vecindad entre el pensar y el poetizar en la que apreciamos claramente la morada del ser. Sin embargo, si bien el decir poético es el sendero que nos conduce a lo que hemos olvidado, para que podamos escuchar el llamado que el ser nos hace debemos empero aprender a pensar.

La interpretación que Heidegger hace de la poesía de Hölderlin está lejos del sentido emotivo y personal, pues de lo que se trata es de centrarse en la palabra misma como morada del ser, esto es, de lo originario. De ahí que el lenguaje poético se convierta en un regreso lingüístico al ser. El poeta es entonces aquel a quien se le ha dado el lenguaje para que con él atestigüe lo que en realidad es. En suma, la experiencia con el decir poético es corresponder al llamado en nuestro habitar en el mundo. Podría decirse entonces que el ser del hombre reside en el habla en tanto que el hombre es en y con el habla. Ahora bien, no es lo mismo hablar el lenguaje y utilizar un lenguaje; el pensar y el poetizar mismo, no utilizan palabras, sino que dicen las palabras.

Como ya lo hemos apuntado antes, la experiencia del pensar no consiste en un trabajo del pensamiento meramente conceptual, se trata, más bien, de un mirar y escuchar en lo profundo, en el silencio, que nos abre al ser mismo. En este silencio es donde el hombre encuentra por vez primera una interpretación a su existencia y es, en definitiva, la escucha de esta interpretación la que lo conduce a la experiencia del pensar. Para que la experiencia del pensar se lleve a cabo debemos, como primera medida, salir del terreno de lo cotidiano para adentrarnos en senderos nada fáciles de

transitar. Podríamos decir entonces que de lo que se trata es de aprender a preguntar dejando de lado lo inesencial. En el preguntar se pone en correspondencia el pensar, el hacer y la cosa; por tanto, hemos de abrir nuestro hablar para que la pregunta por lo más digno de ser cuestionado advenga en nuestro existir. Ahora bien, dejar de lado lo inesencial no significa que ya conozcamos lo esencial mismo, pues no se trata aquí de presentar una oposición entre estos dos términos. El cuestionamiento por lo inesencial, dejándolo de lado, nos permite saber qué es lo esencial y es allí cuando iniciamos el camino hacia el pensar.

El ser, al igual que la luz de la aurora, se irradia por encima de los montes, abriéndose paso a sí misma. No somos nosotros quienes escogemos el ser; es el ser mismo el que nos ha elegido y, por ello, en el ser estamos aún sin saberlo. Al igual que lo que sucede con el ser, el pensar no es una acción humana, no se trata entonces de tomar la decisión y aventurarnos al pensar, pues el pensar no es un hacer. El pensar, podríamos señalar, adviene con la luz del ser y el hombre sólo debe encontrarse en disposición de acogida frente a lo que está por llegar. El camino al pensar nos conduce entonces a la silenciosa voz de la palabra, en la que el pensar se convierte en un equilibrio que está siempre al asecho de profundos cambios; en el pensar nos hallamos en el peligro pues estamos expuestos a su acontecimiento. La denominación del hombre como animal racional con facultades para hablar y pensar, dada por la interpretación moderna, no nos es una respuesta suficiente ante el interrogante por la esencia del hombre luego de leer las lecciones de Heidegger. Pues para que el hombre este en función de un verdadero decir y de un verdadero pensar debe haber estado en relación con lo que le es más propio, a saber, debe estar abierto a la esencia del ser. Recordemos que es el lenguaje la casa del ser y el hombre habita en su morar. Por esta razón, el hombre antes que ser un animal racional es, para Heidegger, un

*Dasein*, ese algo que soy yo mismo, a saber, un ente abierto al ser.

El caminar hacia la casa del ser, es un caminar solitario, pero en él se nos abre también la posibilidad de com-partir. Para Heidegger, la única comunidad verdadera, en la que podemos hablar de encuentro, es aquella que se da en el ser mismo. Las comunidades dadas desde la cotidianidad, en la que somos todos y a la vez ninguno, sólo nos conducen a lo impersonal, al espacio del uno. Ahora bien, para abrirnos al ser precisamos de un estado de recogimiento, de un sentido de extrañez frente al mundo, esto es, de una disposición afectiva. En este temple de ánimo nos vemos obligados a la soledad, al recogimiento, a saber, a pensar.

Ahora bien, inmersos en la cotidianidad del uno, esta palabra que viene del ser la interpretamos y decimos en un lenguaje común, con las estructuras propias de dicho lenguaje. Empero, es el lenguaje del silencio, el lenguaje poético, la forma que tomará el decir en su nuevo decir; de ello da cuenta el decir del filósofo y del poeta. Por consiguiente, el ser está en correspondencia con el cantar de los poetas y el pensar de los filósofos. Vale resaltar que entre los filósofos que han ocupado gran parte de sus reflexiones al decir poético encontramos a Heidegger. Sin embargo, Heidegger no busca en el poetizar una consideración estética, su interés en el decir poético tiene, más bien, como objeto que el pensar y el poetizar se desarrollen en un constante diálogo. De ahí, que las referencias al decir

La experiencia del pensar no consiste en un trabajo del pensamiento meramente conceptual, se trata, más bien, de un mirar y escuchar en lo profundo, en el silencio, que nos abre al ser mismo.

**La educación actual no piensa, ni permite a sus educandos pensar; esto debido a que los parámetros que regulan nuestra educación se reducen a la transmisión de conocimientos y de información, de una generación a otra.**

poético, en especial las que versan sobre Hölderlin, se multipliquen en sus lecciones. De lo que se trata entonces para Heidegger es de ir tras la búsqueda del pensar a partir de un dialogar con el decir poético. Ahora bien, el poetizar cobra en la filosofía heideggeriana tres vías fundamentales en el desarrollo de su análisis filosófico, a saber, el estudio del ser, el análisis de la metafísica y la relación con el aprehender.

El decir poético, en tanto respuesta a la palabra del ser, señala Heidegger, muestra el ser de lo que es, esto es, el esplendor del ser. En este contexto, podemos anotar que el pensar nos demanda una relación directa con el decir poético, ya que la poesía interpela al hombre en su decir y su no decir. El pensador en un acto de conmemoración y gratitud con aquello que pide ser pensado, da oído e interpreta las señas del habla que para la mayoría son inadvertidas. Es tarea entonces del pensador el traducir estas señas al lenguaje humano. Ejemplo claro de ello lo vemos en el pensar poético de Hölderlin, en el que el resonar del silencio se transforma en palabras, puesto que, como ya lo hemos dicho con anterioridad, en el decir poético se manifiesta el esplendor del ser y el retorno a su verdad:

Si el hombre quiere volver a encontrarse alguna vez en la vecindad del ser, tiene que aprender previamente a existir prescindiendo de nombres. Tiene que reconocer en la misma medida tanto la seducción de la opinión pública como

la impotencia de lo privado. Antes de hablar, el hombre debe dejarse interpelar de nuevo por el ser, con el peligro de que, bajo este reclamo, él tenga poco o raras veces algo que decir. Sólo así se le vuelve a regalar a la palabra el valor precioso de su esencia y al hombre la morada donde habitar en la verdad del ser (CH, 263).

Para terminar nuestras consideraciones en torno a la pregunta ¿qué significa pensar?, planteada por Heidegger, abordaremos la relación que se establece entre el problema del pensar y el problema del aprender, esto es, de la educación. La educación entendida desde la época actual se mueve bajo los cánones del pensamiento moderno en el que se bosqueja la imagen del tipo de sujeto y de ciudadano que se desea formar. En esta forma propia del pensamiento representativo avanza la ciencia y, con ella, la técnica. Señala Heidegger que entre el pensar y la ciencia no hay continuidad, pues “la ciencia no piensa” (QP, 209). Dado esto, podemos aventurarnos a decir que la educación actual no piensa, ni permite a sus educandos pensar<sup>6</sup>; esto debido a que los parámetros que regulan nuestra educación se reducen a la transmisión de conocimientos y de información, de una generación a otra. El

<sup>6</sup> Esto corresponde a lo dicho por Nietzsche: “en nuestras escuelas no se tiene ya la menor noción de esto [aprender a pensar]. (...) incluso entre los auténticos doctos en filosofía comienza a caer en decurso la lógica como teoría, como práctica, como *oficio*. Léanse libros alemanes: ni el más lejano recuerdo ya de que para pensar se requiere técnica, un plan de enseñanza, una voluntad de maestría –que el pensar ha de ser aprendido como ha de ser aprendido el bailar, *como* una especie de baile... ¡Quien conoce ya por experiencia, entre alemanes, ese sutil estremecimiento que los pies ligeros en lo espiritual trasfunden a todos los músculos! – la tiesa torpeza del gesto espiritual, la mano *tosca* al agarrar –. No se puede descontar, en efecto, de la educación aristocrática el bailar en todas sus formas, el saber bailar con los pies, con los conceptos, con las palabras. (1984, 83- 84)

que *todavía* no pensemos se debe en nuestra época a que dentro de las exigencias que se le hacen al hombre está la de la prontitud y eficacia y no la de detenerse a pensar, esto es, meditar.

Como vemos, el fenómeno educativo hoy da un énfasis especial a la concepción en la que pensamiento se entiende como la suma del cálculo y del manejo de la información. De ahí que la educación misma no ha sido pensada porque aún no se ha abordado de manera decisiva la pregunta por lo más digno de ser pensado, a saber, que todavía no pensamos. Ahora bien, el no pensar todavía, señala Heidegger, no debe ser interpretado como una afirmación despectiva, sino que se trata más bien de indicar que el pensar es una tarea a realizar, esto es, el pensar sobre aquello que de sí mismo hace pensar.

Veamos: Lo que más merece pensarse es que nosotros todavía no pensamos; todavía no, aunque el estado del mundo se hace cada vez más problemático. Este hecho parece exigir, más bien, que el hombre actúe y actúe sin demora, en lugar de hablar en conferencias y congresos y moverse en la mera representación de lo que debería ser y de cómo habría de hacerse. Falta, por tanto, acción y de ningún modo pensamiento (QP, 16).

Lo que más merece pensarse siempre ha estado allí, sin embargo, aún no hemos logrado situarnos en el sendero que nos lleva a pensar y, esto tal vez se deba, a que el pensar se le escapa al hombre. Resulta entonces necesario formular un nuevo sendero que nos permita la reflexión del problema de la educación, con el fin de establecer la íntima relación entre el pensar y el educar en una época como la nuestra denominada como la era de la información. Época en la que el educador es entendido como un mero administrador de saberes. De lo que se trata entonces es de tomar un nuevo sendero que nos acerque a lo que hemos olvidado, pues el papel de todo acto educativo no debe ser otro que el de aprender a pensar, pues como ya lo decía Kant “no es posible aprender filosofía (...), sólo se puede aprender a filosofar, es decir, a ejercitar el talento de la razón siguiendo sus principios generales en cierto ensayos existentes, pero siempre salvando el derecho de la razón a examinar esos principios en sus propias fuentes” (2008, A838; 651).

Ahora bien, el modelo educativo tradicional arroja buenos resultados, cuando lo que se busca es la transmisión de saberes técnicos que, es bien sabido, pueden resultar de gran utilidad en el contexto social. Empero, cuando de lo que se trata es de formar, esto es, de pensar meditativamente, dicho modelo resulta



del todo insuficiente. En contraposición a la educación que esboza el pensar moderno, Heidegger dice:

En el lenguaje óntico se usa a veces en alemán la expresión «*etwasverstehen*», «comprender algo» [en castellano, «entender algo»], en el sentido de «ser capaz de una cosa», de «poder hacer frente a ella», de «saber hacer algo». Lo existencialmente «podido» en el comprender no es una cosa, sino el ser en cuanto existir. En el comprender se da existencialmente ese modo de ser del *Dasein* que es el poder ser. El *Dasein* no es algo que está-ahí y que tiene por añadidura, la facultad de poder algo, sino que es propiamente un ser-posible. El *Dasein* es siempre lo que puede ser y en el modo de su posibilidad (S y T, § 31, 162).

Vemos entonces aquí cómo el aprendizaje verdaderamente significativo no está dado en los datos o las cifras, sino que lo encontramos dentro de nosotros, en ese sentirnos extraños frente a lo que nos rodea. Esa extrañeza que nos conduce al vacío, nos abre a nuevos senderos, a un saber que intuimos pero que sólo hasta el final del recorrido podemos afirmar. Ahora bien, en tanto la experiencia del pensar es una experiencia histórica, nos topamos de frente con la finitud del *Dasein*. Sólo en tanto el *Dasein* es un ser para la muerte, puede él mismo entregarse a su proyecto.

Siguiendo lo anterior, diremos que el aprender a pensar es la intención formativa de Heidegger en sus lecciones, pues en una época de indigencia la única forma de hallar el sendero

El aprender a pensar es la intención formativa de Heidegger en sus lecciones, pues en una época de indigencia la única forma de hallar el sendero al pensar, es pensar nosotros mismos.

al pensar, es pensar nosotros mismos, a saber, estar dispuestos a aprender a pensar. Ahora bien, aprender supone la escucha atenta del llamado de algunos pensadores<sup>7</sup>. Desde tiempos remotos ya Nietzsche nos alertaba: “*El desierto crece*”. Este desierto que crece es el grito silencioso que nos convoca a asumir el olvido de lo esencial que habita en nosotros. Ahora bien, Heidegger aclara que su invitación más que a una destrucción de lo ya establecido, debe entenderse como el llamado a una repensar nuestro estar en el mundo.

Sin duda, la tarea de Heidegger está ligada a la educación en muchos aspectos. Por ejemplo en su obra *Carta sobre el humanismo*, Heidegger hace un análisis del humanismo, que bien podría entenderse como un modelo educativo. En dicho proyecto educativo se intenta formar al individuo bajo unos parámetros ya establecidos de lo que se debe ser en tanto lo moral, la razón, lo social etc. La dificultad en los parámetros que rigen este tipo de modelos es que establecen de ante mano cómo deben actuar y pensar los educandos.

En este contexto, la época actual entiende al hombre como animal racional que “incluye en su propia denominación la capacidad de pensar, y esto con razón. Él es, en efecto, un viviente racional. La razón, la *ratio*, se

<sup>7</sup> Es la tarea del maestro una tarea fundante, señala Heidegger: “El aprender no puede producirse a través de ninguna represión. Y, sin embargo, un maestro a veces tiene que levantar la voz. E incluso tiene que gritar y gritar, hasta cuando se trata de una cosa tan silenciosa como la de hacer que se aprenda. Nietzsche, que era uno de los hombres más silenciosos y tímidos, sabía de esta necesidad. Él sufrió el tormento de tener que gritar. En un decenio en el que el público todavía no sabía nada de guerras mundiales, en una época en la que la fe en el «progreso» se convirtió casi en la religión de los pueblos y estados civilizados, Nietzsche gritaba: «El desierto crece...» y él preguntó a los hombre y sobre todo se preguntó a sí mismo: «Habría que romperles primero los oídos, para que aprendan a oír con los ojos” (QP, 39).

desarrolla en el pensamiento, como viviente racional el hombre ha de poder pensar siempre que quiera hacerlo” (QP, 15). Para Heidegger, y apartándose de Kant, razón y pensamiento son diferentes, pues si bien la razón hace parte del pensamiento, es el pensamiento la verdadera característica fundamental del hombre. Aunque, no por ello se puede afirmar que el hombre piense, pues no se trata de un acto voluntario. En el hombre es natural la posibilidad de pensar, pero hay ocasiones en las que queriendo pensar el hombre no puede hacerlo, pues “sólo somos capaces de aquello que apetecemos. Y, en verdad, apetecemos solamente lo que por su parte, nos anhela a nosotros mismos y nos anhela en nuestra esencia, en cuanto se adjudica a nuestra esencia como lo que nos mantiene en ella” (QP, 15).

Tanto la tarea del pensar como la del educar no resultan para nada fáciles, requieren de esperar el momento preciso, ese momento en el que estemos listos para oír el llamado del pensar y corresponderle. La precipitación frente al pensar nos puede hacer caer en el mismo error de la historia del pensamiento, formulaciones abstractas de lo que en realidad es el pensar, esto es, caer en el pensar representativo. Para que esto no suceda debemos, como primera medida, reconocer que todavía no pensamos. Y, una vez inmersos en este nuevo sendero, debemos someter al pensar, y a la misma educación, al interrogar de la meditación. Sólo en ella podremos escuchar de manera atenta nuestro pensar originario. Así pues, “nos adentramos en lo que es pensar cuando pensamos nosotros mismos. Para tener éxito en este intento hemos de estar dispuestos a un aprendizaje del pensar.” (QP, 15). De lo que se trata entonces es de salirle al encuentro al pensar y, con él, a la educación.

En este contexto, cuando decimos pensar la educación, lo que estamos es haciendo un llamado a pensar de otra manera la educación misma. Invitación que implica la afirmación de una historia aún no acontecida, esto es, de



la historia de la educación. Para ello, resulta imperioso el deshabituarnos del pensar cotidiano. Una historia acontecida de la educación nos llevará lejos de los conceptos comunes que enmarcan todo el fenómeno educativo actual, con lo que recuperaremos el auténtico sentido de lo que significa aprender. Pensar la educación supone el riesgo de recorrer el sendero de lo no habitual. Con ello lo que buscamos es una manera más acorde al pensar heideggeriano: Para ser capaces de pensamiento hemos de aprenderlo. ¿Qué es aprender? El hombre aprende en cuanto pone su hacer y omitir en correspondencia con lo que de esencial se le adjudica en cada caso. Aprendemos el pensamiento en la medida en que atendemos a lo que nos da qué pensar (QP, 16).

Heidegger señala que dentro del aprender surge la figura del maestro, ¿qué es un maestro? Más que ser aquel que posee un saber, el maestro es aquel que enseña a aprender. Sin embargo, no es un aprender basado en conocimientos, lo que en realidad se aprende



es el camino que conduce a la esencia de lo aprendido. Dicho esto, podemos ver que la educación está íntimamente relacionada con el pensar, aunque en ocasiones, como la actual, dicha educación se encuentre lejos de él. Dado esto, resulta imperiosa en su sentido temporal, para Heidegger, la invitación al pensar, pues en ella nos situamos frente a maestros que nos enseñen a escuchar y morar en la casa del ser. Heidegger ve en la labor del maestro un arduo trabajo, pues “enseñar es todavía más difícil que aprender” (QP, 77), y esto se debe “no porque los docentes hayan de estar en posesión del máximo posible de conocimientos y tenerlos siempre a disposición. Enseñar es más difícil que aprender porque implica un hacer aprender” (QP, 77), y más adelante precisa: “El maestro ha de tener la capacidad de estar más dispuesto a aprender que los aprendices mismos” (QP, 78)<sup>8</sup>.

8 La ardua labor del verdadero maestro es exaltada por Heidegger: “Por ello, llegar a ser maestro es una cosa muy elevada, y, desde luego, es muy distinto de llegar a ser un profesor famoso. Seguramente se debe a lo elevado de ese asunto el hecho de que hoy, cuando todo se mide hacia abajo y desde abajo, por ejemplo a partir del negocio, nadie más quiere llegar a ser maestro.

El pensar implica indudablemente una apertura a lo esencial, sobre todo cuando se trata de pensar la educación. No podemos desconocer que Heidegger es un gran maestro, de ello dan cuenta sus lecciones y seminarios, en los cuales el objeto mismo de la disertación es el pensar frente a lo que ha sido la historia del pensamiento y del ser, esto es, la historia de Occidente. Heidegger en tanto maestro nos educa, no seduce hacia nuevos enigmas; empero, el hombre en el pensar originario “es un signo en el camino hacia lo que se sustrae. Pero como este signo indica lo que se sustrae en cuanto escapa, no señala tanto lo que allí se sustrae, cuanto el sustraerse. El signo queda sin interpretación” (QP, 21). Así pues, Heidegger en palabras de Hölderlin dice: “somos un signo por interpretar” (QP, 21).

En suma, la relación que se da entre el aprendizaje del pensar y las palabras del poeta, es para Heidegger, lo que nos sitúa como signo a interpretar, a saber, como indicador del camino del pensar; “por eso la poesía algunas veces corre hacia atrás, hacia la fuente, hacia el pensamiento como recuerdo” (QP, 22). La relación entre el pensar y el decir poético, no son contrarias. La poesía nos evoca hacia el camino del pensar, en tanto la poesía está ligada a la verdad. La belleza del decir poético es, para Heidegger, una especie de regalo de la esencia de la verdad. En este contexto se entiende por verdad la desocultación de aquello que estaba oculto; para que esto se dé, la poesía se pone de cara frente a la reflexión del pensamiento. Empero, lo que mienta el decir poético y el decir propio del pensar no son lo mismo, “pero a veces son lo mismo, a saber, cuando se abre pura y decisivamente el abismo entre poetizar y pensar. Esto puede suceder

Posiblemente esta aversión se relaciona con aquello que, siendo lo que más requiere pensarse, es también lo que da qué pensar. Hemos de tener muy a la vista la relación genuina entre maestro y aprendices por si en el curso de nuestras lecciones llegara a despertarse un aprender” (QP, 78).

cundo el poetizar es elevado y el pensar profundo” (QP, 25).

Siguiendo lo dicho, para Heidegger la educación no es algo que se dé de manera colectiva, en ella debemos buscar una relación íntima, personal, con lo originario. Este es un camino que atravesamos en la soledad del silencio, esto es, el caminar meditativo; en el que el asombro guía nuestros pasos. Podríamos decir entonces que la educación precisa para Heidegger la necesidad de asumir la tarea meditativa en el ámbito del pensar y el aprender, bajo la escucha de lo que ha sido la historia del ser. Por lo mismo, no pretendemos en esta reflexión acerca del educar decir qué es o cómo debiera ser la educación en nuestra época actual, pues caeríamos en el dominio del pensamiento representativo. Hemos de recordar que el mayor peligro que corre el ser es el de ser explicado y, peor aún, comprendido. Lo que buscamos es la aproximación a la apertura de una meditación reflexiva que nos muestre el camino del habitar.

Estamos entonces frente a un intento por pensar la educación como la experiencia de aprender el pensar. En este intento recorreremos el camino hacia una nueva significación de lo que en realidad es el pensar mismo, sin caer en los límites impuestos por el pensamiento de vía única, es decir, el pensamiento representativo. Es pues un esfuerzo por abrir la educación a la experiencia originaria del pensar. Esta es la misma invitación a experimentar el pensar que Heidegger nos hace en el inicio de sus lecciones *¿Qué significa pensar?* En este nuevo pensar la vecindad entre el pensar y el poetizar se hace patente, cuando se trata de experimentar el pensar originario. Sólo un verdadero compromiso con dicha experiencia nos permitirá avanzar en nuestro intento de un educar que siga el camino del pensar.

Este es entonces un nuevo camino para pensar la educación, este camino surge de la necesidad, cada vez más creciente, de seguir el llamado del pensar en una época que se sumerge en la

inmediatez. Una necesidad que nos conduce al camino de lo digno de ser cuestionado, esto es, de un preguntar que nos aproxime a nuestra verdadera esencia. Empero, para ello también requerimos de abrir un sendero que piense la verdadera esencia de la ciencia. Dado esto, la educación deberá, señala Heidegger, renovarse desde lo esencial de su fundamento, que no es otro que la ciencia, en un intento de recuperar su unidad original. Esto supone, obviamente, un acto de responsabilidad ante la esencia misma del pensar.

No se trata por lo tanto de desligar la educación del pensar científico, es decir, del abandono de la técnica. Se trata simplemente hallar un nuevo sendero que nos permita un verdadero encuentro con su esencia, lejos de formulaciones meramente conceptuales. Empero, es importante resaltar que Heidegger no nos está haciendo un llamado explícito a la educación y transformación de nuestros saberes y creencias. Su intención más que la de cambiar el mundo, es la de cambiar la relación con la que nos acercamos al mundo, para que de esta manera estemos abiertos a las múltiples posibilidades que éste nos ofrece. Por tanto, la educación a la que aquí nos referimos debe tener como fundamento el escuchar y habitar el mundo con la firme voluntad de escuchar el llamado que nos invite a su morar. La invitación es clara, de lo que se trata es, como ya lo había señalado Heidegger, de habitar poéticamente el mundo, para poder en él construir y custodiar eso que somos nosotros mismos.

**La educación no es algo que se dé de manera colectiva, en ella debemos buscar una relación íntima, personal, con lo originario. Este es un camino que atravesamos en la soledad del silencio.**

## Referencias

### Abreviaturas de obras de Martin Heidegger

AH *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin*. Madrid: Alianza. 2005.

AFE *Aportes a la filosofía acerca del evento*. Buenos Aires: Biblos. 2003.

CA *Conferencias y artículos*. España: Serbal. 1994.

CB *Caminos de Bosque*. Madrid: Alianza. 2003.

CH *Carta sobre el Humanismo*. Madrid: Taurus. 1959.

CFM *Los conceptos fundamentales de la metafísica. Mundo, finitud y soledad*. Madrid: Alianza. 2007.

PFF *Los problemas fundamentales de la fenomenología*. Madrid: Trotta. 2000.

DH *De camino al Habla*. España: Serbal. 2002.

EP *La experiencia del pensar*. Buenos Aires: Ediciones del copista. 2000.

H *Hitos*. Madrid: Alianza. 2000.

ID *Identidad y diferencia*. Madrid: Anthropos. 2008.

IM *Introducción a la metafísica*. Barcelona: Gedisa. 2001.

M *Meditación*. Buenos Aires: Biblos. 2006.

N *Nietzsche I*. Barcelona: Destino. 2000.

P *La pobreza*. Buenos Aires: Amorrortu. 2008

QP *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta. 2010.

S y T *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta. 2003.

TS *Tiempo y Ser*. Madrid: Tecnos. 2003.

S *Serenidad*. Barcelona: Serbal. 1994.

### Fuentes secundarias

Aristóteles. (1995). *Física*. Madrid: Gredos

Benedito, M. (1992). *Heidegger en su lenguaje*. Madrid: Tecnos.

Blumenberg, H. (1997). *La posibilidad de comprenderse*. Madrid: Síntesis.

— (2003). *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Trotta.

Cardona, L.F. (2006). *Heidegger: el testimonio del pensar*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Celan, P. (1999). *Obras completas*. Valladolid: Trotta

Comte, A. (1984). *Curso de filosofía positiva, (lecciones 1 y 2) Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires: Orbis.

Escudero, A. (2009). *El lenguaje de Heidegger*. España: Herder.

Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Ed. Siglo XXI.

Gadamer, H. (2006). *Los caminos de Heidegger*. Barcelona: Herder.

Grondin, J. (2006). *Introducción a la metafísica*. España: Herder.

Hegel, G. (1978). *Escritos de Juventud*. España: Fondo de Cultura Económica.

Hölderlin, J. (2002). *Antología poética*. Madrid: Cátedra.

Janke, W., (1988). *Postontología*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Kant, I. (2008). *Crítica de la razón pura*. México: Taurus.

Kant, I. (2004). *Qué es la ilustración*. Buenos Aires: Terramar

Lacoue-Labarthe, P. (2007). *Heidegger. La política del poema*. Madrid: Trotta.

Lanceros, P. (1997). *La herida trágica: el pensamiento simbólico tras Hölderlin, Nietzsche, Goya y Rilke*. Barcelona: Anthropos.

Leyte, A. (2005). *Heidegger*. Madrid: Alianza.

Montoya, M. (2011). *Al encuentro de nuestro presente: entre el pensar-crear y la representación*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Nietzsche, F. (2009). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.

Nietzsche, F. (1984). *Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Madrid: Alianza.

Parménides. (2007). *Poema (fragmentos y traducción textual)*. España: Istmo.

Pöggeler, O. (1986). *El camino del pensar de Martin Heidegger*. Madrid: Alianza.

Waelhens, A. (1986). *La filosofía de Martin Heidegger*. México: Universidad Autónoma de Puebla.